

INTERNACIONALIZACIÓN DEL CAPITAL Y FUNCIÓN ECONÓMICA DEL ESTADO

Ramón MARTÍNEZ ESCAMILLA*

SUMARIO: I. *Caracteres generales de la ruptura*. II. *Los impactos y su visibilidad*. III. *La persistencia del atraso*. IV. *¿Hay alternativa?* V. *Bibliografía*.

I. CARACTERES GENERALES DE LA RUPTURA

En diversas oportunidades he manifestado mi convicción de que el comportamiento de las variables causales en la dinámica de una economía capitalista de alcance regional y aun nacional es muy difícil de prever, no sólo para el largo sino hasta para el mediano y el corto plazos. Al respecto, casi he llegado a la conclusión de que la erraticidad que impide las previsiones es el origen de la continua y a veces pasmosa inestabilidad económica que caracteriza al capitalismo contemporáneo; y ello me induce a reflexionar de múltiples formas en el fondo real y los trasfondos de tal inestabilidad.¹ Mi reflexión, un tanto abstracta, adopta, de manera muy aproximada, los siguientes términos:

Cuando las variables causales se someten a medición, las proyecciones más rigurosas no sólo admiten un considerable margen de error sino que, por naturaleza, son eso: simples posibilidades del comportamiento humano a escala de agentes económicos, a las que todavía tamiza y adelgaza la probabilidad. Por eso se sostiene con razón que las leyes de la economía son de carácter estocástico y tendencial. Esto es, los fenómenos económicos siempre se presentan cuantitativamente abrumadores y cualitativamente sesgados.² Y si esto se dice del fenómeno real, cuánto más

* Investigador del Instituto de Investigaciones Económicas de la UNAM.

1 Como un simple ejemplo véase mi ensayo intitulado "El Orden Económico Internacional al final del siglo XX", *Nueva Economía*, Caracas, órgano trimestral de la Academia Venezolana de Ciencias Económicas, núm. 9, septiembre de 1997.

2 Nadie, en lo individual, puede influir en su magnitud ni en su dirección. Lange, Óskar, *Eco-*

podría decirse, en el mismo sentido, del pensamiento que lo interpreta y de la acción que pretende conducirlo políticamente.

Esto, que está presente hasta en los periodos de mayor mansedumbre del proceso económico, es más evidente en tiempos abruptos, como en la época actual, aparecen saturados de inflexiones, quiebres y hasta desgarramientos estructurales que impactan frontalmente a lo social, a lo político y a lo estratégico.

Éstas que he expresado, desde luego, son simples generalidades; sin embargo, lejos de conducir a simple pragmatismo, siquiera para los estrictos efectos del análisis, obligan a sencillez y claridad, aun a riesgo de que se crea que he comenzado a pecar de simplista. Y tiene que ser como lo acabo de expresar, si la intención es conjuntar estas dificultades, que son enormes, en una exposición que facilite la interlocución e inhiba el escapismo por adopción de frases hechas y expresiones afectadamente inteligentes.

Creo que aun en la escasa probabilidad de que algún día las ciencias del derecho y la economía hayan podido referirse al conjunto del mundo, de la historia y de la sociedad, en el sentido de un saber omniabarcante; es por lo menos parcialmente cierto que los sucedáneos teóricos de las imágenes del mundo han comenzado a quedar devaluados no solamente por el progreso fáctico de las ciencias empíricas, sino también, y aún más, por la conciencia reflexiva que ha acompañado al progreso real que camina por detrás del que registran esas ciencias y que una vez más vuelve a su papel de principal de todas las llamadas ciencias del hombre.³

Y expreso esto porque para mí, ni las ciencias empíricas, ni la conciencia reflexiva madre de las humanidades, ni las humanidades mismas han avanzado en la historia a mayor velocidad que las realidades en ellas retratadas. Los científicos y los humanistas, con todas nuestras elaboraciones, siempre irán a la zaga. Los portentos científicos que subyacen a la informática, por ejemplo, no han podido situarse por encima de lo experimentado y probado secularmente por la economía capitalista real sino, a lo sumo, al ser conjugados en los ordenadores no hacen más que confirmar y reproducir artificialmente y a velocidad exponencial todos los prin-

nomía política, México, FCE, 1976, cap. III, pp. 51-84. Thom, René, "La ciencia está atascada desde hace veinticinco años", entrevistado por Guy Sorman, *Los verdaderos pensadores de nuestro tiempo*, Barcelona, Seix Barral, 1991, pp. 46-54.

3 Thom, René, *idem*.

cipios de aquella, por más que hayan influido radicalmente en toda la tecnología aplicable a lo concomitante o a lo funcional del sistema.

En ese sentido, a la informática y a otras disciplinas les pasa lo mismo que a la otrora llamada carrera espacial, que no ha podido modificar alguna de las realidades cósmicas preexistentes, ni agregar una más, y tampoco ha podido reformular en firme, alguna de las nociones fundamentales de la cosmología; aunque los fundamentos tecnológicos de que se sirve y otros que ha puesto en planta hayan ya permitido determinar muy notables avances en diversas disciplinas aplicadas a las comunicaciones estratégicas y a la logística.

Pero sería osado hacer desdén de la utilidad práctica —pragmática en el fondo— del progreso fáctico de las ciencias empíricas o del vertiginoso avance de la conciencia reflexiva que desencadenan y que luego es sistematizada para efectos estrictamente utilitaristas. Sin ellos, sería más difícil el entendimiento de la dinámica que adopta la sociedad contemporánea en todos sus procesos, aunque con ellos no se pueda modificar un ápice el sentido de la sociedad o de la vida. Quizá hasta por eso es cierto lo que proponen autores como Habermas en el sentido de que: “Con esa conciencia, el pensamiento filosófico retrocede autocríticamente por detrás de sí mismo; [y] con la cuestión de qué es lo que puede proporcionar con sus competencias reflexivas en el marco de las convenciones científicas, se transforma en metafilosofía”. Así, parafraseando a ese autor, podría decirse que el tema de la economía como el del derecho que podría circunscribirla se transforman y, sin embargo, siguen siendo los mismos.⁴

Y ahora que ya tenemos a la vista esta noción, nos es más fácil decir que han desaparecido las evidencias que permitirían suponer que el mundo sigue siendo el mismo que hace unos cuantos años; que el poder mundial se reparte de la misma manera, y que el sistema de hegemonías se mantiene sin cambio. ¿Qué mejor oportunidad para preguntarnos si el sentido social e histórico del capitalismo permanece inmutable; si su racionalidad objetiva se conserva intacta; si las teorías económicas que habían tenido éxito permanecen en escena con el mismo vigor; si las políticas de desarrollo que les corresponden a escala mundial siguen vigentes; si el Estado capitalista no ha experimentado ni permite experimentar aun

4 Habermas, Jurgen, *Teoría de la acción comunicativa*, t. I: *Racionalidad de la acción y racionalización social*, Buenos Aires, Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, 1989, p. 16.

más mutaciones; si los gobiernos mantienen su dimensión social y su viejo y probado efecto político; si el personal político de hoy tiene la misma extracción y composición sociales, y si su proyección a futuros en el seno del sistema es la misma?

Es cierto que en nuestros días muchos economistas estarían prestos a defender que los comportamientos de la economía real permiten su verificación en las cuentas nacionales y en los Estados consolidados que se registran nacional o regionalmente y se reportan a los organismos de las Naciones Unidas, o simplemente a los organismos supranacionales sean públicos o privados, a pesar de que en la economía real inciden impactos tales como el lavado de dinero y el saqueo sistemático proveniente de un generalizado subsistema de ilícitos oficiales y privados.

Ni esos economistas ni sus representantes legales dan importancia al hecho de que, el volumen del lavado de dinero procedente de las actividades de las mafias, según estimaciones conservadoras, sobrepasa los 500 mil millones de dólares al año, que equivalen al 2% del producto interno bruto del mundo, aunque según cálculos más audaces el dinero sucio podría superar el billón de dólares; ni al hecho de que

...de cualquier manera el volumen del poder económico de la mafia amenaza la estabilidad financiera internacional y la de los países en particular... [pues] el movimiento de semejantes capitales de un país a otro pone en riesgo los programas macroeconómicos de las naciones porque la mafia, para lavar el dinero, no busca necesariamente altas tasas de retorno y acepta bajos tipos con tal de poner en circulación legal las ganancias.⁵

Lejos de hacerse cargo de este tipo de situaciones, tales economistas y tales abogados frecuentemente postulan que para situarse en el justo medio del conocimiento de los comportamientos inmaculadamente económicos, basta asumir su búsqueda sólo en aras del conocimiento mismo. Y a pesar de que ya ni los anuarios estadísticos más funcionales a la imagen de la economía real de países como los que en este momento todos tenemos en la cabeza, ofrecen continuidad acerca de lo que quieren expresar; ellos llegan incluso a sostener que el verdadero sentido de este conocimiento está en la búsqueda de las tendencias a largo plazo que ex-

5 Estos datos los publica el Fondo Monetario Internacional en la revista *Survey* y provienen de un estudio realizado por Vito Tanzi y Peter Kirk, intitulado "Mafias, amenaza de caos mundial". Véase la reseña bajo el titular de 8 columnas en la primera plana de *Unomásuno*, edición del sábado 3 de agosto de 1996.

híben las estadísticas, y así las erigen al final de sus muy aplicados ejercicios profesionales, a la manera de supuestos planes de desarrollo.

Desde luego, no les falta razón si nos atenemos a que las estadísticas, en tanto series históricas, mantienen intacta su importancia como elementos de búsquedas tendenciales, auxiliares para el análisis cuantitativo y hasta cualitativo de una estática metodológica que se exhibe como dando saltos desgobernados temporariamente, y de una dinámica que se retrata en instantáneas como metida en una camisa de fuerza tan rígida y anclada en una conceptología tan demencial, que por ningún lado deja de ostentar los rasgos de una supuesta y muy mal graduada mansedumbre social; pues las estadísticas económicas no son más que una suerte de discurso tecnológico-contable, paralelo al discurso político y de política económica, con que los jefes de Estado del último cuarto del siglo XX han sido tan proclives a disertar, mientras bajo sus plantas se desmoronan las estructuras económicas que supuestamente gobiernan.

Pero el problema no es ya en qué medios prosperan aquellos economistas y aquellos juriconsultos, porque se encuentran en todas partes; ni cuánta razón les cabe, porque la respuesta a sus posturas está a la vista también en todas partes, y hasta se sabe con certidumbre a qué tipo de intereses se alinean con más frecuencia; pues una de sus mayores virtudes es que gozan de una casi perfecta movilidad digamos laboral. El problema más o menos se reduce a saber cuántos y quiénes son, qué papel han desempeñado o desempeñan en esa estática y en esa dinámica; cuánto poder de decisión se les ha conferido en el pasado y cuánto de ese poder se siguen arrogando o tienen realmente frente a la nueva dinámica y al nuevo sentimiento social, para inventar o pretextar fenómenos depredadores —geofísicos, meteorológicos, fisiológicos, demográficos y hasta estrictamente sociales y políticos— cada vez que yerran las teorías en que se encuadra su funcionalidad, las políticas que justifican o impulsan con fundamento en éstas y las estadísticas con que se publicita su pretendido éxito.

Este último problema es grave pero muy explicable, pues con tal publicidad, las teorías y políticas económicas específicas, en la práctica, van dejando de ser las hipótesis de trabajo sujetas a la prueba del tiempo y de la dinámica social que en realidad son, para convertirse en tomas de posición tan “definitivas” y determinísticas que llegan a ser asumidas como duros principios de gobernabilidad, y en su entorno no penetran más que muy tenues reconsideraciones y ningún tipo de modificación que no pro-

venga de la mera exégesis jaculatoria de la racionalidad objetiva en que se encuadran; dejando sólo para los más sonados casos de inestabilidad y de falta de “eficiencia” la aplicación de revisiones netamente coyunturales a los implementos de una racionalidad metodológica tan acotada ideológica y aun políticamente, que apenas dejan introducir algunos cambios en la costra cosmética de la administración; para que, sin dejar de funcionar como las demás fuentes de poder y riqueza individual y grupal, las ciencias y las técnicas más funcionales se desarrollen y se apliquen para que los problemas sociales no resueltos sigan siendo los mismos.

Por este camino, hoy como nunca antes podría parecer que las teorías económicas se limitan a dar forma, con lenguaje científico y tecnológico a las preferencias ideológicas en favor del capitalismo; y que ningún progreso experimentan desde que comenzaron a abandonarse los grandes temas de la economía, centrados en el hombre más que en las cosas que produce y cómo lo hace. Más aún, la actual tendencia tecnificante en que con frecuencia se les hace desembocar da la impresión de que “es una matematización que nada aporta siquiera para la comprensión de los fenómenos que pretende describir”.⁶

Apenas es necesario expresar que el verdadero sentido de tal sistematización no tiene objetivo más genuino que el de exponer la relación de lo cuantitativo con lo cualitativo en la aplicación de la teoría del valor al análisis concreto; por lo cual sería aventurado conducirse o expresarse al respecto sin tener una formación especializada. Pero la verdad es que mientras todo lo antes señalado sucede, la estructura real de la economía mundial y sus procesos localizados global, internacional, regional y nacionalmente por un lado; o integral, sectorial o factorialmente por el otro; han mutado muy sensiblemente en sus contenidos y sus formas, unas veces dando lugar o contribuyendo a justificar estas formas de pensamiento y otras veces tomándolas como su fundamento.

Por principio de cuentas, han cambiado las condiciones del poder de alcance y efectos mundiales que estaban definidas en concatenación causal por la economía, la política y la estrategia para la seguridad, y que a la vez definían un sistema de equilibrios precarios de efectos también mundiales, montado sobre la relación antagónica entre dos sistemas de producción y distribución ideológicamente excluyentes entre sí, pero cuyos puntos de contacto se habían creado en el marco de los organismos mun-

6 Thom, René, *op. cit.*

diales de poder y control político, militar y financiero instaurados al término de la Segunda Guerra Mundial. Y aunque el régimen de constelaciones de poder siga fuertemente condicionado por los componentes intelectuales, científicos y tecnológicos a disposición de la ofensiva y la defensa estratégicas, ahora opera para borrar los resabios del antagonismo entre el capitalismo y lo que queda del otro sistema.

Pero aun así, la dinámica interna del capitalismo irradia de confrontaciones entre fuerzas sociales conscientes de su interdependencia y su antagonismo simultáneos.⁷ Y todo lo que se confronta hoy, sea en el terreno de la sociedad, de la cultura, de la educación o de la economía —diríase que sobre todo de la economía—, tiene su salida natural y remarcada en el terreno de la política; es decir, en el terreno del ahora velozmente mutante Estado capitalista y sus caducas tipologías, de las formas de gobierno que hoy admite y de sus políticas de mera administración enunciadas como de desarrollo, que ya tampoco son las mismas.

Hoy vivimos el tiempo de la crisis de las categorías políticas que hasta hace poco todo lo envolvían y en las que todo desembocaba —estamos, como dice un autor famoso, frente a la pasmosa desilusión de los sistemas—. A pesar de la diversidad de culturas y sistemas nacionales, esas categorías eran antes el punto de referencia generalizado para la comparación, el análisis, la reflexión y la acción política y económica concretas, y ello hacía que muchas veces la estadigrafía suplantara al análisis y aun a las relaciones reales y que los estadígrafos se vieran envueltos en la onda cuantitativista y cayeran en el éxtasis matematizante y las secuelas mercadotécnicas y publicitarias, pretendiendo explicar con ellas al capitalismo. Pero hoy, después de que todo eso encumbró y declinó por sus efectos, se le quiere seguir usando para suplantar a la economía real, como si ésta no hubiera registrado, a su influjo incluso, y hasta como consecuencia, los profundos cambios que hoy flagelan a casi toda la humanidad, y para los que no se proponen salidas creíbles.

Y es que, “la crisis de los sistemas contemporáneos, y el rechazo que los envuelve, se relaciona con el abandono de la finalidad de la política y de la democracia, con la renuncia de sus fines sociales y humanos y su reducción a decisiones y fines exclusivamente técnicos, en el mejor de los casos...”. Dos hechos políticos actuales afectan sustancialmente la idea

7 Furtado, Celso, “Transnacionalización e monetarismo”, *Pensamiento Iberoamericano. Revista de Economía Política*, CEPAL e Instituto de Cooperación Iberoamericana de España, núm. 1, 1981, p. 13.

de soberanía del Estado. El primero de ellos es herencia directa de la pasada situación de guerra fría y de la pugna planetaria entre los bloques.

Se trata de la doble idea de la “soberanía restringida” y del “derecho de injerencia”, formulada por las grandes potencias según su oportunidad e intereses, y que ahora, como se puede observar en todas partes, tiene el signo unilateral de la hegemonía capitalista.

El otro mayor ‘asalto’ contemporáneo a la idea de soberanía se debe a la ‘internacionalización’ o ‘globalización’ de la economía capitalista, que ha alcanzado niveles antes desconocidos. En los términos de la propia economía y de sus necesidades casi ilimitadas de expansión, el ámbito del Estado nacional [y su soberanía] no es hoy el marco más propicio para el máximo desarrollo de su capacidad productiva. Los mercados nacionales serían como camisas de fuerza que frenan el crecimiento de las economías en una época caracterizada por la fusión (prácticamente sin fronteras) del capital financiero.⁸

Y mientras se pasa por encima de las profundas desigualdades económicas de los países ya no “en desarrollo” sino “en vías de integración” con las potencias “postindustriales” de mayor desarrollo, adentro de los Estados nación se registra el mayor repudio social de la historia moderna hacia los gobiernos y partidos políticos con programas de solución total, “sumado a otro motivo de ese desprestigio profundo: la corrupción que todos los días se denuncia en los medios de comunicación, el descrédito de los cuadros políticos tradicionales de los partidos y de los gobiernos, y entonces la pérdida de confiabilidad y de legitimidad en el ejercicio de sus funciones”.⁹

Junto al profundo repudio que suscitan y que ahora se ve reforzado por los fenómenos adicionales del escándalo y la corrupción y por la formidable capacidad publicitaria de los medios de comunicación,

las burocracias ostentan un ‘espíritu racional’, pero sus cuerpos son ajenos a los intereses reales de la sociedad; generan además intereses objetivos propios y casi siempre opuestos a las demandas sociales. Así, más que como cuerpos ‘racionales’ y ‘eficientes’ aparecen como impedimentos para la satisfacción de las necesidades individuales y de grupo... La racionalidad

8 Flores Olea, Víctor, “La desilusión de los sistemas”, *Nexos*, México, año 15, vol. XV, núm. 177, septiembre de 1992, p. 27.

9 *Ibidem*, pp. 30 y 31.

del técnico sirve para discutir los medios más aptos, pero el fin último es determinado por el político, cumpliéndose su ‘proyecto de nación’ como ambición creativa y compromiso con determinados valores [y] los tecnócratas nos hacen creer que ellos actúan y deciden exclusivamente conforme a la ‘lógica de la realidad’; [pero] en verdad, se oculta así la realidad o se actúa abiertamente en función de una ideología precisa, que es la redomada ideología capitalista.¹⁰

Desde el punto de vista de las corrientes globalizadoras que son las que hoy hegemonizan al proceso económico en todos los países, la condición de existencia de las agrupaciones regionales y los procesos de integración en que descanza el porvenir, es que “se abandonen las ideologías que perciben al mundo en el horizonte de las fronteras [nacionales] para observarlo con un espíritu ‘universal’”,¹¹ y el efecto es que mientras unos países se desbaratan pacífica o bélicamente como en Europa Oriental o en África, otros padecen profundos procesos de desestabilización como Perú, Colombia y ahora México en América Latina, a pesar de los tratados de libre comercio suscritos o en ciernes, o a pretexto de ellos, y algunos más simplemente ponen las barbas a remojar.

No hay base, pues, para pensar que las cosas siguen igual y que los análisis pueden seguir haciéndose dentro de los más estrictos cánones de ortodoxias excluyentes y en función de los antagonicos cuanto erosionados signos ideológicos que mantuvieron artificialmente polarizada a la humanidad hasta hace muy poco tiempo. Como acabamos de ver, no la hay siquiera para mantener en pie la heterodoxia que suponía, también hasta hace muy poco, que en el seno del capitalismo era sustentable in aeternum la intervención masiva del Estado en la economía.

Ello, sin embargo, no quiere decir que ha llegado la hora anunciada en el Apocalipsis y que, por lo mismo, tengamos que reaprender de prisa y volver a observar el decálogo de la ortodoxia del sistema socioeconómico y político que ha quedado en pie porque, tal como era y operaba hasta hace poco tiempo, ya no sirve gran cosa, y el caso de los países poco desarrollados de cualquier continente bien lo ilustra; como ilustra también que, según se ha transformado y opera hasta estos días, es necesario ir mucho más allá de todo lo que ha logrado con la famosa globalización porque, al menos en los países ahora mal llamados emergentes, las estruc-

10 *Ibidem*, p. 31.

11 *Ibidem*, p. 32.

turas y hasta las superestructuras han comenzado a caerse a pedazos bajo su propio peso y el de su inadecuada inserción en una dinámica que a todas luces les es extraña.

Como también lo dicen ya muchos pensadores,

en estos tiempos de crisis..., simultáneamente a la oscilación de los valores y los sentimientos, y tal vez precisamente por ello, ocurren una variedad de fenómenos originales de la vida y de la sociedad, expresándose con fuerza el instinto de conservación de individuos y colectividades. Tremendas rupturas en las cuales se anuncia también un sentimiento de poda y renovación, de ajuste de cuentas con las inercias previas, de fuga de las cadenas asfixiantes y de los catecismos irrecusables...

Contra lo que pudiera pensarse, “no estamos frente a la muerte sino frente a la vida, la renovación; es un nuevo principio que deberá vencer ciertamente multitud de desafíos, pero que también abre las puertas del porvenir”.¹²

II. LOS IMPACTOS Y SU VISIBILIDAD

El ambiente de ruptura profunda a que me acabo de referir propició que muchos otros pensadores abrieran enormes vertientes de interpretación teórica a las que aquí lamento no poder referirme porque la vocación de nuestro evento es bien distinta.¹³ A quienes nos hemos involucrado en el mismo, en cambio, nos corresponde advertir que uno de los principales cambios que habían sido introducidos para cuando todas esas interpretaciones vieron la luz, consistió en que la economía se había convertido ya en el meollo de la actividad gubernamental en prácticamente todos los países, y esto implicaba ya cambios de fondo en los valores y premisas políticas alrededor del mundo.¹⁴

Llevadas las cosas al extremo, hubiera podido decirse con más o menos razón que todo ello se manifestaba hasta en el hecho de que había

¹² *Ibidem*, p. 25.

¹³ Nuevamente remitiría a mis interlocutores al breve seguimiento que doy a tales pensadores en el ensayo a que me refiero en la nota número 1, especialmente a lo que proponen Félix Guatari, Alvin y Heidy Toffler, José Woldenberg, Guy Sorman, Víctor Flores Olea, Daniel Bell y Fernando Solana.

¹⁴ Véase Rubio, Luis, “La política mexicana vs. la economía global”, *Nexos*, México, núm. 201, septiembre de 1994, pp. 67-75.

llegado la hora de que en muchas partes, como en México, los economistas se hicieran cargo de los mandos del Estado capitalista. Y es que los Estados nacionales estaban ahora compitiendo intensamente por atraer y retener al capital dentro de sus territorios y, en la medida que esto sucedía, se veían obligados a encontrar nuevas formas para hacerse gratos, por una parte a los ojos de las potencias hegemónicas y por otra a los ojos de sus respectivas sociedades nacionales.

Como dice John Holloway, el hecho de que en todo el mundo una parte mayor del capital se estuviera invirtiendo a corto plazo, en actividades propiamente especulativas, significaba que los Estados se encontraban bajo una constante presión para mantener las condiciones que retenían al capital dentro de su territorio.

Las viejas ideologías se iban; el nuevo dominio del dinero encontraba expresión en las nuevas ideologías del neoliberalismo, la teoría ofertista, el monetarismo; las cuales estaban diciendo de una u otra forma que el Estado se debía retirar, y el mercado y el dinero debían dominar... y en este sentido se podía decir que el Estado nacional estaba ahuecado... y que las decisiones políticas estaban subordinadas más directamente al capital global.¹⁵

Este era, pues, sólo el medio en que había comenzado a moverse con eficiencia y eficacia la política económica de los gobiernos latinoamericanos y ya hemos visto con que intensidades y alcances; de manera que los discursos de alerta apenas cumplían el cometido adicional de hacer saber que, ahuecado o adelgazado, en todas partes, pero también en México, estas cuestiones eran ya y serían del dominio del Estado, y su manejo del exclusivo resorte de los titulares de los correspondientes aparatos de poder; vale decir, de los gobiernos concretos.

Para permanecer como sistema mundial, el capitalismo estaba operando ya mediante un descarnado proceso de lucha por los mercados y las ganancias, mismo que forzaba muy vertiginosos cambios en todas las ramas de la producción, la distribución, la ocupación y la integración económica; ejercía drásticos efectos en la organización social y generaba un medio ambiente propicio a la crisis del propio Estado capitalista. Condiciones que, hasta hoy, sólo han cambiado su intensidad para garantizar su efecto; pero su sentido no ha variado gran cosa.

15 Holloway, John, "La reforma de Estado: capital global y Estado nacional", *Perfiles Latinoamericanos*, México, FLACSO, año I, núm. 1, 1992, pp. 7-30.

Ya en esos días eran suficientes para que las pequeñas capas propiamente capitalistas de la población sólo pudieran ejercer su función y permanecer como tales si revolucionaban, con mucho mayor velocidad que en el pasado, los medios y algunas relaciones concomitantes y funcionales de producción y, a partir de ahí, algunas relaciones causales. Y no habría necesidad de decir que en los pocos años que han transcurrido desde entonces han sido las únicas que pudieron hacerlo, si no fuera porque las demás capas sociales y sus organizaciones, e incluso las de las clases propiamente dichas, se han mostrado y se muestran frente a esto cada vez más desideologizadas e incapaces de tomar iniciativas de rango similar, ya sea favorables o contrarias al avance de las fuerzas impulsoras de los grandes cambios del capitalismo.

Pero ya podrían no haber sido los gobiernos los que las tomaran, que mientras la causa de todo ese acontecer fuera la enorme presión globalizadora que se estaba ejerciendo sobre cada proceso y cada segmento de las economías nacionales, las metas de modernización hubieran sido prácticamente las mismas, aunque quizá no hubieran resultado tan evidentes los radiales alcances e impactos en la estructura real de la economía y de la administración pública.

Parecía pues que cualquiera otra política hubiera resultado inviable. No obstante, ni aun así hubiera podido considerarse todavía a la globalización como un todo tipificado ni susceptible de ser expuesto en un modelo único; pues se presentaba, como hasta ahora, como un patrón de comportamiento privado y público para expresar básicamente las salidas posibles de la insuficiencia y de la decadencia de los modelos teóricos y de las políticas económicas funcionales a una gobernabilidad y a una forma de administrar el proceso socioeconómico que, en nombre de la emancipación social, o del nacionalismo, o del solidarismo, mucho había profundizado en la elitización y la degradación de la política oficial, en la “militancia” partidista a la hora de la toma oficial de decisiones, en el autoritarismo economicista de soluciones totales so pretexto de continuidades revolucionarias y en la exclusión de toda réplica a las verdades preestablecidas ideológicamente.¹⁶

16 Leo Panitch hace un elocuente inventario de los fenómenos políticos y de administración pública que hicieron su aparición desde muy pronto en el marco de la globalización. Véase *Globalization and the State*, UNAM, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, México, 1996.

Hoy mismo sigue la discusión acerca de si esta fue la cuestión de fondo o el simple pero bien urdido pretexto para recanalizar con verdadera eficiencia estratégica y política el excedente económico de las potencias intermedias hacia el grupo de naciones que tipificaría, por ejemplo, el Grupo de los Siete. Y al deslinde de esta última cuestión seguramente podría contribuir el tener en cuenta que aun dentro de esa elite de poder mundial existe un orden de prelación que opera en privilegio de la economía estadounidense. Pero lo que ahora importa saber es que esta fuerte presión y esta consecuente tendencia globalizadora, con sus verdades también preestablecidas, habían estado imponiendo un orden internacional que moldeaba la expansión del tejido de acciones de los grandes complejos transnacionales de negocios y de los grandes bloques de comunicaciones y transmisiones ultramodernas, sobre los que los Estados en particular casi no tenían ya, ni tienen ahora, prácticamente influencia alguna de carácter definitorio.

La nueva realidad era doble, y por lo menos doblemente compleja. Por una parte, existía ya lo que hoy se ha visto reforzado con creces: una profunda disparidad entre la enorme y acelerada acumulación e internacionalización del capital acompañadas de la férrea concentración productiva y la unipolar centralización de las decisiones estratégicas y políticas; y la estructura del Estado-nación económicamente depauperada, geográfica y socialmente inmovilizada e ideológica y políticamente rigidizada; en todas partes, pero sobre todo en las mismas potencias intermedias, a pesar de las formales transformaciones políticas (reformas típicamente electorales) correspondientes, por lo demás, a la enfatización de la racionalidad formal.¹⁷

Por otra parte, existía ya, y también se ha seguido reforzando, una masiva asimetría entre la movilidad y la organización internacionales del capital, y la dispersa segmentación e inmovilización técnica, geográfica, ideológica y política de la fuerza de trabajo; asimetría que no tiene precedentes en la historia. Las multitudinarias pero trágicas emigraciones de los últimos años son probatorias de lo anterior, aunque sean apenas prolegómeno del Estado de cosas que amenaza generalizarse. Para decirlo de otra manera, mientras la perspectiva del capital financiero encontraba y encuentra muy favorable y dispuesta a la sociedad global, la perspectiva

17 Dieterich, Heinz, en Espinosa González, Moisés (comp.), introducción a *Neoliberalismo, reforma y revolución en América Latina*, México, Nuestro Tiempo, 1994, pp. 5-15.

de la estructura productiva y del segmento productor de la sociedad global encontraba ya, y hoy encuentra todavía más cerradas las fronteras geopolíticas, negadas las voluntades financieras y opuestos los ánimos ideológicos del globo terráqueo en conjunto.¹⁸

Igual que sucede con más énfasis en estos días, afuera del Estado no se conocía ni se buscaba algún instrumento capaz de amansar al mecanismo del mercado. Pero adentro del Estado tampoco, porque falsamente también se postulaba ya desde ahí, como lo hacen hoy en día el gobierno mexicano y muchos otros gobiernos, que el mercado surge y se desarrolla de manera espontánea, y por eso hay que devolverle la competencia.¹⁹

La consecuencia era que, también como ahora, las enormes masas sociales movilizadas hacia el mercado o estabilizadas en su entorno, se habían vuelto las víctimas de todo el proceso, y estaban erigiéndose como la más grave amenaza de destabilización social y cuestionamiento político en todos los países y regiones, y ya no sólo en los que la pobreza y el atraso comenzaron desde hace tiempo a ser una especie de código genético además del rasgo antropológico más característico.

Impactado por la globalización, el Estado —en países como los nuestros de América Latina— estaba siendo forzado a devenir efectivamente responsable en lo interno del “nuevo orden” personificado en la economía global; por lo que su aparato de gobierno, en manos del personal político que ya sabemos quienes integraban e integran ahora, fue constreñido a mistificar su contabilidad externa e interna ante los ojos y los oídos de propios y extraños, mediante el nuevo vocabulario de la interdependencia y la competitividad. Como ya hemos visto aquí mismo, la naturaleza de su intervención económica fue forzada a cambiar considerablemente, pero el peso específico de su papel en la economía no sólo no disminuyó sino que se fortaleció con el cambio.²⁰

Los grupos de intelectuales y los equipos de trabajo técnico de las capas propiamente capitalistas de nuestras sociedades, trabajaron muy arduamente para asegurar, según hemos visto ya en las reformas concretas, un nuevo constitucionalismo para un neoliberalismo disciplinario, como

18 Véase Panitch, Leo, *Globalization and the State*, México, UNAM, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias-Coordinación de Humanidades, 1994.

19 Véase el Plan Nacional de Desarrollo 1995-2000. Publicado en el *Diario Oficial de la Federación*, Órgano del Gobierno Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos. Edición del 31 de mayo de 1995.

20 Véase Robert, Cox, “Global Perestroika”, en Miliband y Panitch (eds.), *New World Order? The Socialist Register*, 1992.

lo llama Stephen Hill certeramente para otros efectos.²¹ Acorde a ello, el comportamiento específico de los hacedores de la política económica interna y de las delegaciones oficiales durante las “rondas” de negociación de los organismos y de los acuerdos supranacionales o frente a los diferentes proyectos de integración comercial o financiera, especialmente las referentes a la integración con Estados Unidos, evidenció el papel del Estado mexicano como autor de un régimen que define y garantiza internacionalmente —con efecto manifiesto en las reformas constitucionales, pero también con apoyo en la Constitución Política así reformada—, los derechos “globales” y locales del capital.²²

La famosa reforma de Estado comenzó a trabajar para dar a éste una impensable funcionalidad hacia el capitalismo, aunque no pudiera decirse que con ella se estaba dando impulso a un nuevo proyecto nacional, sino el regreso a un origen no nacional que el propio capitalismo buscaba y estaba logrando globalmente. En este sentido, el gobierno de México no pasaba de ejemplificar, una vez más, y como también lo hacían otros gobiernos, que la intervención oficial en la economía no podía ir más allá de lo que es indispensable al buen funcionamiento del capitalismo como sistema global: derribar los obstáculos a la acumulación, la concentración y la centralización del capital; consolidar el sistema mundial de crédito en el interior de la economía nacional; regularizar en el mismo sentido el sistema comercial y fiscal, y limitar el peso de los intereses de la fuerza de trabajo, base del sistema integral de valorización y de todo su proceso. La imperialización total, pues, de la economía nacional.

III. LA PERSISTENCIA DEL ATRASO

Hasta aquí he tratado de englobar la visión de los problemas económicos en que se inscribe nuestro país, en consonancia con la dialéctica del mundo capitalista, interdependiente y en muchos aspectos ya integrado pues, como lo escribiera Victor Volski hace un lustro, al estar incluido con otros similares de América Latina en el macrosistema mundial y en el segmento superior de la espiral histórica contemporánea, estos países y su economía están sujetos, como todos los que guardan igual estado de desa-

21 Véase Gill, Stephen, “The Emerging World Order and European Change”, en Miliband y Panitch, *op. cit.*

22 Véase Panitch, Leo, *op. cit.*, pp. 15-19.

rollo, al impacto de los procesos universales, también cargan con su pesado fardo de problemas globales, que no les impiden generar impulsos a esos procesos y hacer su aporte a la formación y solución de tales problemas. “En los destinos de los pueblos latinoamericanos, repercuten inminentemente los avances en la correlación mundial de fuerzas. Pero los acontecimientos en la región misma también corrigen el equilibrio de fuerzas en el planeta, estimulando o frenando el proceso histórico universal”.²³

México, pero también Brasil, Argentina, Chile y quizá en menor medida otros países del subcontinente, han recorrido un trayecto bastante largo de evolución capitalista. Cuando comenzó la época del imperialismo no eran ya colonias por mucho que se hubieran atrasado en el desarrollo y hubieran sido vinculados a zonas de influencia económica como blanco de una intensa penetración del capital foráneo. Todo ello aceleró el incremento de las relaciones capitalistas pese a la debilidad del capital local y, en definitiva, porque condujo a que interiormente se afirmara el dominio de las grandes potencias desarrolladas; dominio que les impusiera condiciones específicas de dependencia, y que aun hoy no los dejan ir más allá, los hacen resbalar en cada intento y los condenan a una grave y prolongada crisis estructural.²⁴

Los que acabo de mencionar, siguiendo a Volski, no han dejado de ser grandes elementos de la realidad histórica que ahora se agregan al hecho de que, finiquitado el socialismo europeo, acá se ha consolidado, como forma de organización política dominante, la línea liberal-utilitarista que al igual que en todo el mundo se había perfilado e impuesto duran-

23 Volski, Víctor, “Contradicciones del desarrollo capitalista”, Introducción a *América Latina: estudios de científicos sociales soviéticos*, Moscú, Academia de Ciencias de la URSS, 1988, pp. 5-13.

24 El propio Volski clasifica a México al igual que a Brasil, como países clave, países competidores. Ellos, dice, “aunque por diversas razones, poseen el potencial económico más importante del tercer mundo y, por el volumen del PIB, integran la primera decena de Estados del mundo capitalista: fabrican casi 40% de los productos de todos los países liberados, poseen una diversificada estructura de producción, equiparable a los Estados desarrollados (por ejemplo, la parte correspondiente a la construcción de maquinaria rebasa 20%). Ambos países tienen también el potencial científico-técnico más importante del mundo explotado. Por último, allí se ha formado y se afirma cada vez más el capital grande, tanto estatal como privado... El imperialismo —en primer término, el estadounidense— ya considera a menudo a Brasil y a México como sus competidores, rivales, especialmente en América Latina. Precisamente por ello procura no dejar salir a estos países de la órbita de su control y explotación, frenar su desarrollo y hacerlos aun más dependientes. En Brasil y México se concentran las inversiones extranjeras directas más importantes del mundo en desarrollo, las CTN controlan allí todos los sectores clave de la economía. Estos países tienen también las deudas externas más grandes del mundo, son los que pagan los mayores tributos —de miles de millones de dólares— en todo el “imperio del dólar”. Volski, Víctor, “América Latina en el mundo contemporáneo”, *ibidem*, pp. 14-29.

te toda la década previa. En México, esa línea muy pronto tomó carta de oficialidad al moldear la conceptología e inducir la práctica discursiva de la “modernidad política”. Sin embargo, hoy como ayer, los grandes problemas de la convivencia política no han sido resueltos y, por ende, se mantiene vigente la fuerza de cambio inherente a la contradicción y su desenvolvimiento hacia principios superiores. El famoso “fin de la historia” y de la lucha de clases, del que quizá mercedamente ya poco se recuerda, no pasó de ser una expresión publicitaria de gran notoriedad entre las mentalidades reaccionarias más sobresalientes; mientras la política aceleró sus ritmos sin que de momento, ni a largo plazo, cambiaran radicalmente sus contenidos.

Según Heinz Dieterich,

la fuerza dinámica de cambio que emana de la contradicción inherente a la democracia liberal, se revela inmediatamente si contemplamos algunas de sus deficiencias estructurales: 1. representa una democracia restringida a lo formal, es decir, su esencia democrática consiste en la protección formal del ciudadano, por medio de la ley, frente al Estado y a los más poderosos; 2. no constituye una democracia material o participativa, sino excluyente, porque margina a las mayorías de las determinaciones estratégicas de la nación, p. e., las decisiones sobre paz y guerra, el sistema político y productivo, las inversiones [y éstas por sobre todo lo demás], etcétera. y 3. no sólo es una forma de organización política elitista y excluyente dentro de la nación, sino a nivel de la especie.²⁵

Tales elementos de análisis cobran hoy singular relevancia porque, precisamente, el cúmulo de fenómenos presentes en el periodo que se comprende desde 1985 y hasta 1995, pero también a principios del 2000, es un periodo preñado de incidentes histórico-económicos, histórico-políticos y político-económicos internos —sobre todo en México—, presididos por el espectro de la reforma de Estado o, si se prefiere, por el espíritu travieso de la reforma política todavía en muy dubitativo e incipiente curso.

Desde luego, los cambios generados en el Estado y en el gobierno mexicanos no son pequeños e insignificantes como algunos pretenden, sino enormes; aunque no se trate todavía de la reforma de Estado que quizá podría acercarnos al amanecer de una nueva formación política nacional, porque partimos de un grave *status* de antidemocracia. Lo son tanto que

25 Dieterich, Heinz, *op. cit.*, pp. 5-115.

las relaciones que se registran en el seno de ambos a veces significan sólo la descentralización y a veces sólo la reconcentración del poder social como la condición necesaria de, y complemento para, la disciplina que impone y exige el mercado global, y en esto último nuestros países sí que se parecen.²⁶

Esto que para otros carece de relevancia, a nosotros pareciera autorizarnos a decir que la vieja tesis de que el proletariado del subdesarrollo era explotado y expoliado directamente por el empresariado del desarrollo, y que parecía tan recalcitrantemente de la izquierda, fue apenas una tímida premonición de algo que ha terminado por rebasar con mucho los escenarios de corte y alcance nacional y regional; pero lo fue también de que el concepto estrictamente clasista de la relación y la dinámica económicas de cualquier envergadura geopolítica, terminaría por no ser suficiente explicación del carácter finalmente global del capitalismo, en cuyo contexto unas sociedades victiman globalmente a otras; lo cual quiere decir que lo hacen en toda la extensión y profundidad de sus respectivas estructuras sociales y no sólo cruzando internacionalmente los efectos perniciosos de una clase social a otra. De ahí la creciente de migraciones clandestinas hacia el capitalismo del desarrollo.

La dinámica general que sustenta la globalización, sin embargo, ya bien avanzado 1999, se remite todavía a la práctica de instaurar en el interior de las economías —de un desarrollo preferentemente intermedio, pero también en otras menos desarrolladas—, el orden externo delineado por la hegemonía financiera, política y estratégica de las grandes potencias; y esto implica privilegiar, como en nuestros países, la adopción de políticas que adentro de las economías nacionales hacen mucho más enclenque al capital “aborigen” e incrementan la dominación del capital foráneo.

Sin embargo, como lo hace Leo Panitch con algunas de las expresiones más socorridas acerca de la economía mundial, se podría decir que el capital fue siempre un oportunista político que se apoyó en las autoridades públicas cuanto ellas quisieron, y que existen frecuentemente Estados como el mexicano que sufren un decremento en sus poderes nacionales como resultado de la globalización; y todavía más, Estados aun más débiles que vienen a suplicar un periodo globalizador, ayunos de interés por la defensa de sus propios capitales sitiados por el inversionista foráneo.²⁷

26 *Idem.*

27 Panitch, *op. cit.*, sigue a Murray, Robin, “The Internationalization of Capital and the Nation State”, *New Left Review* 67, mayo-junio de 1971.

Como en realidad las cosas son así y no de la manera que los ciudadanos comunes y corrientes quisiéramos, sería difícil no señalar el enorme peso de la responsabilidad que tienen los gobiernos y sus políticas económicas en los efectos que la tendencia a la globalización impone a corto, mediano y largo plazo en la estructura y en la dinámica de la economía nacional.²⁸

Pero igual responsabilidad tendrían si los efectos internos fueran los de cualquier otro fenómeno, gustáranos o no, lo señalaríamos o no. En ese sentido, el caso de la economía mexicana de los años noventa es el de una economía que parece estar ordenada por un código que prohíbe a los ciudadanos reparar en si nos gusta o no la forma en que opera la economía mundial, pues desde el ángulo del gobierno “lo que importa ahora” es saber si estamos dispuestos y si somos capaces de lograr el éxito en el “nuevo orden global”.²⁹

En nuestros países los gobiernos generalmente se suceden y, con las sucesiones, el personal político cambia, y en México está por cambiar una vez más; pero esa sigue siendo la tesis oficial de fondo porque a este orden ha servido la ruptura política que proviene de la inserción en los gobiernos, y en sus partidos, de nuevos grupos de intereses que surgieron —a la sombra de la, si se quiere, precaria reforma política para la democracia— de los procesos internos desatados por la liberalización, la desregulación, la apertura comercial, la mayor subordinación financiera al exterior y la privatización con que se redondeó el modelo oficial de modernización sin desarrollo. La “política moderna”, la cual se centraba en la década pasada y se centra hoy, todavía con más énfasis, es el discurso que acuñan los gobiernos, por encima de las prácticas políticas que les son consustanciales.

IV. ¿HAY ALTERNATIVA?

He estado dejando algo más que implícito que, así se trate del mero campo de las concepciones generales, la alternativa existe. Entonces es oportuno que para explicitarlo comience por referirme a dos corrientes del pensamiento económico contemporáneo, que en los días en que escri-

28 Murray, *op. cit.*

29 Barba, *op. cit.*

bo este apartado, se han estado haciendo presentes en algunos medios de información.

La primera alternativa es la corriente de la llamada tercera vía, cada vez más mencionada en algunos círculos políticos y académicos preocupados por la economía real tanto en México como en otros países. Su tratamiento no es nuevo pero ahora ha adquirido un matiz algo novedoso.

Desde hace varias décadas, esta corriente comenzó por aludir a un sistema intermedio entre el imperialismo propiamente dicho y el socialismo. Se trataba de marcar diferencias con la izquierda radical y con la derecha extrema. No contentándose con el reformismo tradicional dio en autonombrarse socialdemocracia y, en general, se contraía a la aceptación de las instituciones liberal-democráticas del mercado, de la defensa de la propiedad privada y del fortalecimiento de un Estado árbitro de la colaboración de clases.

Más que alternativa, era una opción en la lucha ideológica que poco a poco desembocó en algunas políticas específicas, sobre todo en Europa, donde encontró que el camino hacia la integración estrictamente económica era practicable si se lograba la articulación de las voluntades más significantes, y tuvo algunas influencias en América Latina a través de diversos movimientos sociales que no pasaron de los enunciados genéricos.

Hoy que la Unión Europea es ya un haz de fuerza económica real y que han sido dados los pasos esenciales para que el euro sea desde el 2002 la moneda común de la inmensa mayoría de los países que la integran, las discusiones en torno a la tercera vía tienen otro contexto: el socialismo como modelo económico de alcance mundial ya no está presente y, en el capitalismo, el Estado ya no es el eje central de la vida económica; mientras la pobreza de las masas populares señorea en el mundo en conjunto, salvo en algunos lugares del “primer mundo” que son la excepción (los términos “primer”, “segundo” y “tercer mundo” fueron acuñados por la propia corriente socialdemócrata).

Tal como lo compila Luis Antonio Godina Herrera,³⁰ con la “tercera vía” ahora se plantea un juego de acciones entre el neoliberalismo y una intervención del Estado en la economía que es de nuevo cuño: a) la democracia como forma predominante de organización política para alcanzar el máximo de libertades económicas; b) garantía de un mínimo de

30 Godina Herrera, Luis Antonio (comp.), *Economía, Estado y justicia social*, México, Liga de Economistas Revolucionarios, 1998.

bienestar material para las más amplias capas de la población y libertad para la conquista de mejores estadios; c) creación de condiciones para el equilibrio entre libertad e igualdad; d) impulso decidido al “desarrollo sustentable”; e) mansedumbre de las relaciones laborales y colaboracionismo de clases, y f) acotamiento preciso del papel del Estado en la economía globalizada. Con todo ello se exhuman viejos problemas no resueltos y, a la vez, se asumen nuevos retos frente a ellos.

En el resumen puntual que ofrece por su parte Josué Hiram Suárez Villaseñor,³¹ al surgimiento del nuevo enfoque de la “tercera vía” ha contribuido la ausencia de novedades ideológicas en ese mundo estandarizado y unipolar desencantado ante las promesas incumplidas del neoliberalismo, pero también han contribuido —y quizá de manera más importante— los triunfos políticos de algunos de sus principales promotores como el inglés Tony Blair, el francés Lionel Jospin, el alemán Gerhard Schroeder y el estadounidense William Clinton. Su sustento es la propiedad con un mayor y mejor manejo social de los medios de producción mediante mayor participación de los trabajadores, las organizaciones no gubernamentales y los sindicatos. Las cooperativas y la coparticipación en la propiedad de las empresas privadas son una especie de pilar para el bienestar generalizado que pasa por la revaloración del factor trabajo cada vez más productivo y demandante, la expansión y democratización del crédito (“la banca de los pobres”) y la participación accionista de los trabajadores mediante créditos contratados a riesgo-proyecto.

En suma, descentralización económico financiera, sustentabilidad, “escala humana”, diversidad con eficiencia productiva, toma de decisiones en los centros de trabajo, equidad, vuelta a la racionalidad, control comunitario de las “fuerzas del mercado” y calidad de vida; elementos con los que, además de no haberse configurado hasta ahora una teoría acabada sino apenas un esquema en proceso de definición que se mueve entre una concepción socioeconómica y política y un “nuevo” código de ética; se dejan planteadas más preguntas que respuestas. No obstante, pretende ser una nueva síntesis de las concepciones económicas, sociológicas y políticas en boga y apunta a la necesidad de construir “una sociedad razonable”. Poco proclive a la distinción política entre izquierda y dere-

31 Suárez Villaseñor, Josué Hiram, “¿Hacia la tercera vía?”, *Proyección Económica* 2020, revista mensual, México, Editorial Perspectiva 2020, año 1, núm. 7, enero de 1999.

cha, su teórico más identificado y de mayor jerarquía es Anthony Giddens, director de la London School of Economics.

La segunda corriente de pensamiento que puede considerarse como opción es la que podríamos llamar del “dinero local” sostenida, entre otros, por Bernard Lietaer, quien podría ser considerado como uno de los monetaristas de mayor experiencia en Europa Occidental y, a su tiempo, uno de los pioneros de la otrora llamada Comunidad Económica Europea.³²

He aquí lo más granado de sus tesis:

Las progresivas tecnologías de información permiten alcanzar muy buenos crecimientos económicos sin aumentar los empleos. El mundo asiste, justo ahora, a uno de los últimos periodos de productividad promovidos desde Estados Unidos. Ya no se encontrarán más empleos, incluso en los “buenos tiempos”. Según algunos estudios, muy probablemente en los próximos treinta años 2 o 3% de la población mundial podrá producir todo lo que se necesita en el planeta. Ante la pregunta de qué es lo que hará el resto de la humanidad, la respuesta es que se moverá en torno a las monedas locales, llamadas también complementarias, por diferenciarlas de las monedas nacionales que seguirán su curso competitivo en el mercado monetario global. Las monedas locales desarrollarán economías locales de cooperación. Como primer paso, estas economías locales serán proveedoras de un tipo de empleo que no estará amenazado de extinción. Cotidiana o periódicamente, la gente común y corriente comerciará, en locales específicos o de manera no determinada aun, toda clase de bienes y servicios: quesos, frutas, carnes, ropa, calzado, novedades, pero también horas de plomería, cortes de pelo, clases de cocina o de informática o de lo que sea, cursos de inglés (*of course*), o de guitarra, “pues hay todavía una infinita cantidad de actividades fascinantes que realizar”. La condición es que, localmente, quede excluido el pago de las transacciones en moneda nacional y se haga en la moneda local y, por definición, de inmediato. Así no habrá escasez de dinero. Tampoco habrá excluidos de la interacción económica porque todos venderán lo que tienen y comprarán lo que necesi-

32 Bernard Lietaer ha sido cinco años funcionario en el banco central de su natal Bélgica donde su primer trabajo fue el diseño e instrumentación de un sistema europeo de moneda única; presidente del sistema de pago electrónico de Bélgica; tecnólogo de ambientes múltiples de moneda; profesor de finanzas internacionales en la Universidad de Lovaina; director general y negociador de moneda para uno de los más grandes fondos monetarios “*off-shore*”, y miembro del Centro para Recursos Sustentables en la Universidad de California en Berkeley.

tan sin tener que pasar por el supermercado que requiere de la moneda nacional y en esa medida, de las monedas del mercado global. Éstas y sus comportamientos configuran un fenómeno de psicología colectiva. El dinero local, en cambio, proveerá a las comunidades de un mecanismo de exclusión de las altas y las bajas de la economía global y sus mercados financieros. No es que las comunidades prefieran aislarse del mercado global; lo que pasa es que las estadísticas indican que en 1995, por ejemplo, ya había un volumen de dinero intercambiado a nivel global de 1.3 trillones de dólares por día, que era 30 veces más que el PIB diario de todos los países de la OCDE juntos, y el PIB de Estados Unidos era intercambiado en el mercado cada tres días. Pero sólo el 2% o el 3% tenía que ver con comercio real o inversiones; el resto estaba ya en el “ciber-casino” especulativo global. La economía real era sólo el leve mantel que cubría el pastel especulativo; exactamente lo contrario de lo que sucedía apenas tres décadas antes. Merced a ello el poder ha sido transferido de los Estados a los mercados financieros. Tan sólo un centenar de personas que no han sido elegidas ni tienen la mínima responsabilidad colectiva deciden, entre otras cosas, cuanto vale el fondo de salarios y el fondo de pensión de todos los ciudadanos de todo los países. Con esos datos, se calcula que en diez años (de 1995 a 2005) el “crash” del sistema tiene 50% de posibilidad; la inestabilidad es acumulativa, por lo que un eventual desplome de los intercambios libres y flotantes está virtualmente asegurado.

Una y otra corrientes parecen tener una enorme coincidencia con esa parte de la corriente de la llamada “tercera ola” ventilada en México por Alvin y Heydi Toffler en las páginas de la revista *Nexos*,³³ que pone el énfasis en las aparentemente irreversibles terciarización tecnológica y priorización financista del capitalismo contemporáneo; pero en realidad, sin perjuicio quizá de tomar sus reflexiones como punto de partida, terminan por guardar con ésta la enorme diferencia de llegar incluso a proponerle y hasta oponerle la referida opción del dinero local. Guardan, por otra parte, similitud, al menos en el sentido general de su propuesta, con lo que por su parte postulan Fernando Flores³⁴ y Luis Carlos Bresser Pereira³⁵ a finales de 1998.

33 Vol. XVII, núm. 195, marzo de 1994.

34 Flores, Fernando, “Los emprendedores y la izquierda. Aproximaciones al siglo XXI”, *Nexos*, México, núm. 243, marzo de 1998, pp. 67-69.

35 Bresser Pereira, Luis Carlos, “La administración pública gerencial. Estrategia y estructura para un nuevo Estado”, *El Economista Mexicano. Revista del Colegio Nacional de Economistas*, nueva época, vol. I, núm. 3, abril-junio de 1997, pp. 65-82.

Con el primero de ellos, la guardan cuando analiza en perspectiva la relación que es viable establecer entre los políticos y gobernantes socialdemócratas de estos días y el empresariado de riesgo; y con el segundo, cuando propone desde su mirador de ministro brasileño de finanzas, el modelo de Estado gerencial, acaso capaz de hacer que el capitalismo regrese, en parte al curso de su recientemente abandonada racionalidad metodológica de tipo desarrollista, y en parte desarrollando a ésta a la escala y nivel de las necesidades económicas y sociales hoy presentes. Los pocos o muchos representantes de esta tercera opción pueden tener alguna dosis de razón o hasta carecer totalmente de ella en un mundo económica y estratégicamente tan convulso como al que ahora habitamos y sobre cuyo futuro nada confiable ha sido escrito.

Mientras tanto, una cosa es bien cierta: hasta el primer semestre de 1999 todo parecía indicar que el gobierno mexicano no habría de impulsar cambio sustancial en su política económica. Ya sabemos que si bien ha rehusado y seguirá rehusando compartir con su antecesor la responsabilidad de un juego de decisiones del cual él mismo es una más de las principales resultantes; no ha rehusado reasumir como “eficiente y eficaz” el modelo liberalizador, desregulador, aperturista y privatizador en cuyos moldes fuera si no fraguado al menos permitido y hasta alentado todo el actual estado que guarda la economía de México.

Y ya sabemos que este no es un problema de personas sino de regímenes políticos, aunque nadie estaría en condiciones de negar que éstos, actuando como si lo hicieran en nombre de una sociedad nacional de la cual se distancian con paso irreversible —lo cual tampoco es un fenómeno nacional sino mundial—, al inscribir sus idearios y programas de acción económica entre los objetivos que se trazan como metas, los impulsores de la globalización desde los “mercados posmodernos” y los organismos financieros y monetarios supranacionales que les son consustanciales; logran confirmar y exhibir sin recato su característica incapacidad para moldear en el orden interno un programa capaz de retener y de reciclar productiva, comercial y financieramente el enorme excedente económico del vastísimo y complejo proceso productivo, distribuidor y financiero reales que nos ha caracterizado como economía nacional, y que hasta ahora apenas alcanza para que México se siga integrando a los intereses estadounidenses en primer lugar, y a los japoneses y europeos occidentales en segundo lugar; pues la de este país es una economía de la cual oficialmente se acepta y se asume el concepto de “emergente”.

Lo anterior vuelve a decirnos que en el contexto de la inflexión política mexicana para el 2000, misma que comenzó a articularse desde 1998 y en el fragor mismo de la última crisis del esquema financiero “nacional”; los efectos de la globalización son también las causas más perniciosas de tal crisis y que, por lo mismo, no sólo pueden ser atenuados, corregidos y aun revertidos mediante una nueva política económica; a la manera de puntos de partida hacia el crecimiento de la producción y el mejoramiento de la productividad, y en aras de la estabilización paulatina y el reacondicionamiento de toda la economía; pues la magnitud de ésta, su grado de desarrollo tecnológico y las magnitudes del mercado interno y del mercado exterior así lo están exigiendo. En el fondo, vuelve a decirnos que las finalidades últimas del tipo de acumulación interna que hoy tiene lugar, pueden ser revisadas y reajustadas en la medida y el sentido necesarios para que se puedan frenar, y evitar en el futuro inmediato, la dispersión social hoy en curso; el entredicho en que se encuentran el pacto federal y el propio proyecto de nación, y el vacío de gobierno económico que engendra el irreflexivo apresuramiento liberalizador, desregulacionista, aperturista y privatizador que ha sido oficialmente adoptado como tronco de todas las políticas.

Pero también nos repite a gritos que la sociedad mexicana no es cualquier conglomerado informe, sino una de las grandes y más complejas sociedades nacionales de nuestro tiempo. Que su crecimiento ha estado sujeto en los últimos ochenta años a la simultánea integración y articulación de una estructura, en la que a un moderno sistema de clases y capas sociales se ha agregado ya no el surgimiento sino la consolidación y diversificación de una clase política que registra segmentaciones y confrontaciones intestinas por el poder; que en conjunto son síntomas de modernidad social y corresponden al proceso ya muy prolongado de estabilización, pero también de inmovilidad estructural, de endurecimiento y de empobrecimiento doctrinario y ahora también económico de un Estado capitalista que, si bien históricamente fue de una integración temprana y su secularización fue probada con éxito por bastante más de un siglo; desde hace dos décadas se encuadra en un sistema de relaciones económicas internacionales que lo llevan a dar acelerados pasos de retroceso no sólo en este aspecto vital, sino en lo que se refiere a la preservación de su soberanía.

El recordatorio en alaridos es también acerca de que la economía mexicana es de una dimensión también descomunal hasta por su complejidad. Se asienta sobre un macizo territorial de alcance y corte geopolítico

subcontinental en el que la magnitud y la diversidad de recursos es simplemente proverbial. Una economía que ahora comporta y soporta la presión de un mercado interno de casi cien millones de seres porque la diversidad de su producción y su consumo desde hace décadas exigió la instalación y diversificación de una planta productiva cuyo potencial hubiera aguantado hace ya tres décadas muy vastos procesos de exportación después de haber satisfecho con creces la demanda interna agregada; pero que se trata también de una planta productiva que aceleradamente ha comenzado a perderse.

Pero es también acerca de que esto mismo hay que saber decirlo sin extravíar las proporciones, porque la sociedad, la economía y la política mexicanas conllevan todavía muy dolorosos y hasta muy vergonzosos arcaísmos que parecen haberse enquistado como el principal atavismo de la clase política, misma que al lado de la nueva clase financiero-globalizadora, no obstante añosa ha comenzado a cambiar sus esquemas formales para seguir siendo la misma y mantener sus viejos vicios económicos en cada vez más visible y acelerado ascenso.

Es, en fin, un recordatorio de que socialmente no sólo no han podido ser incorporadas a la parte más moderna de la estructura nacional un promedio de 48 etnias que suman acaso cuatro y medio millones de indígenas que, a más de indigentes, no cuentan siquiera con la posibilidad de agregarse en masa a la clase trabajadora precariamente asalariada, así sea en ese segmento que contractualmente no alcanza siquiera los salarios mínimos; y de que la parte de la planta manufacturera que no ha sido dismantelada, tampoco alcanza un porcentaje de utilización suficientemente superior al 60%, merced a la famosa apertura comercial. De que el proceso de cierre y extinción es deliberado en el sector industrial, y de que la negligencia, el abandono y el desperdicio han comenzado a hacer estragos en el sector agropecuario. De que el esporismo tianguista y el ambulante indiscriminado son correlativos de la desregulación, de la anarquía institucional y de la ilegal injerencia de las autoridades políticas y policíacas en el ramo comercial de la informalidad; de que la sobresaturación, la ineficiencia, y la sobreexplotación bancaria de los depósitos y de las carteras para el consumo y la inversión, corresponde al vacío de autoridad financiera en un gobierno de la República echado en brazos de la globalización, y de que la erraticidad e insuficiencia de la reserva federal tiene correlación con repetidos procesos de injerencia oficial y privada en la participación de la sociedad civil en la política.

Por eso es que una política financiera alternativa de la que hoy rige en México tiene que partir de un interés público inconfundible por impulsar tanto la acumulación acelerada de capital como la derrama masiva de salarios, el abasto y la comercialización ágiles y oportunos del producto interno fronteras adentro y el financiamiento real, efectivo y eficaz de todos los procesos realmente productivos.

En rigor estricto, nada de esto último ha estado presente en la vocación globalizadora de la política económica de los tres últimos regímenes políticos de México, y por eso es conveniente relanzarlo sin miramiento ideológico pero también sin la cortesanía exteriorizante que hoy se practica. Conjugadas las citadas cuatro vertientes, en las actuales condiciones todavía podría conformarse un sólido proceso de rehabilitación de la planta industrial, consistente en la reposición acelerada y puesta en explotación de esa porción de las líneas de producción que hasta antes de la apertura abastecían al mercado interno y daban ocupación a la población hoy marginada de los procesos productivos.

No puede perderse de vista que los años de apertura comercial y financiera han abierto muy pronto un amplio mercado de todos aquellos efectos que, provenientes del exterior, entraron en el gusto de los consumidores mexicanos y propenden incluso a inducir rápidamente nuevos patrones de conducta social, de los cuales algunos tienen un signo alentador de modernidad, que sólo es positivo si se adopta sin renegar de lo que todavía queda de la escala nacional de valores. Si no se trata, en general, de frutos de la tecnología “de punta” sino de una tecnología con grado intermedio de desarrollo, sugieren líneas de producción industrial que bien podrían complementar a las anteriores y lograr conjuntamente grados de productividad, eficiencia y rendimientos susceptibles de ser traducidos en grados de competitividad en el marco de la misma apertura y, entonces, un vasto proceso de producción basado en esto, habría que entenderlo de inmediato.

Seguir invocando la bondad de los mismos instrumentos que un día todavía cercano provocaron la ruptura, es pretender que no está a la vista el impacto brutal que infligieron a la economía nacional en todos sus segmentos. Si bien es cierto que durante los últimos veinte años los rendimientos de las inversiones hechas en México han estado entre los más altos del mundo

Entre 1976 y 1997 el índice de la Bolsa Mexicana de Valores subió 47 veces en dólares o sea a una tasa compuesta anual de rendimiento del 20.1% en dólares comparado con un índice Dow Jones de 10.5% para el mismo plazo... Desde su aparición en enero de 1978, el Cete a 91 días ha dado un rendimiento compuesto anual del 10.8% medido en dólares, comparado con un rendimiento de 7.7% de los Treasury bills (Tbills) de Estados Unidos durante el mismo lapso. Los bonos Brady mexicanos han dado un rendimiento compuesto anual del 17.2% en dólares desde su fecha de salida (1991), comparado con un rendimiento de 10.1% de los Treasury bonds (Tbonds) de Estados Unidos;³⁶

también es cierto que estos rendimientos se han visto acompañados por un alto nivel de riesgo, medido por su volatilidad

Entre 1976 y 1997 el peso se depreció de \$ 0.0125 por dólar a \$ 8.05 (en pesos de 1997), o sea, 99.84%... Esta volatilidad es el reflejo del periodo de mayor turbulencia en las instituciones y los instrumentos financieros de la historia moderna mexicana... Instituciones financieras del exterior, que no habían tenido injerencia directa en el sistema financiero mexicano desde la revolución, ahora controlan grupos financieros, bancos, casas de bolsa, y compañías de seguros... A finales de 1997, el 31% del valor del mercado accionario mexicano estaba en manos de inversionistas extranjeros. El valor de operación o en circulación de acciones, instrumentos de deuda y derivados mexicanos fuera de México y denominado en dólares era igual o mayor que el valor operado o en circulación de los mismos instrumentos en México y denominados en pesos.³⁷

V. BIBLIOGRAFÍA

- BRESSER PEREIRA, Luis Carlos, “La administración pública gerencial. Estrategia y estructura para un nuevo Estado”, *El Economista Mexicano. Revista del Colegio Nacional de Economistas*, nueva época, vol. I, núm. 3, abril-junio de 1997.
- COX, Robert, “Global Perestroika”, en Miliband y Panitch (eds.), *New World Order? The Socialist Register*, 1992.

³⁶ Heyman, Timothy, *Inversión en la globalización. Análisis y administración de las nuevas inversiones mexicanas*, México, Bolsa Mexicana de Valores, Editorial Milenio, Instituto Mexicano de Ejecutivos de Finanzas e Instituto Tecnológico Autónomo de México, 1998, pp. 1 y 2.

³⁷ *Ibidem*, pp. 2 y 3.

- DIETERICH, Heinz en Espinosa González, Moisés (comp.), *Neoliberalismo, reforma y revolución en América Latina*, México, Nuestro Tiempo, 1994.
- FLORES, Fernando, “Los emprendedores y la izquierda. Aproximaciones al siglo XXI”, *Nexos*, México, núm. 243, marzo de 1998.
- FLORES OLEA, Víctor, “La desilusión de los sistemas”, *Nexos*, México, año 15, vol. XV, núm. 177, septiembre de 1992.
- FURTADO, Celso, “Transnacionalización e monetarismo”, *Pensamiento Iberoamericano. Revista de Economía Política*, CEPAL e Instituto de Cooperación Iberoamericana de España, núm. 1, 1981.
- GILL, Stephen, “The Emerging World Order and European Change”, en Miliband and Panitch, *op. cit.*
- GODINA HERRERA, Luis Antonio (comp.), *Economía, Estado y justicia social*, México, Liga de Economistas Revolucionarios, 1998.
- HABERMAS, Jürgen, *Teoría de la acción comunicativa*, t. I: *Racionalidad de la acción y racionalización social*, Buenos Aires, Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, 1989.
- HEYMAN, Timothy, *Inversión en la globalización. Análisis y administración de las nuevas inversiones mexicanas*, México, Bolsa Mexicana de Valores, Editorial Milenio, Instituto Mexicano de Ejecutivos de Finanzas e Instituto Tecnológico Autónomo de México, 1998.
- HOLLOWAY, John, “La reforma de Estado: capital global y Estado nacional”, *Perfiles Latinoamericanos*, México, FLACSO, año I, núm. 1, 1992.
- LANGE, Óskar, *Economía política*, México, FCE, 1976.
- MARTÍNEZ ESCAMILLA, Ramón, “El orden económico internacional al final del siglo XX”, *Nueva Economía*, órgano trimestral de la Academia Venezolana de Ciencias Económicas, Caracas, núm. 9, septiembre de 1997.
- MURRAY, Robin, “The Internationalization of Capital and the Nation State”, *New Left Review* 67, mayo-junio de 1971.
- PANITCH, Leo, *Globalization and the State*, México, UNAM, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, 1996.
- PRESIDENCIA DE LA REPÚBLICA, “Plan Nacional de Desarrollo 1995-2000”, *Diario Oficial de la Federación*, Órgano del Gobierno Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos, 31 de mayo de 1995.
- RUBIO, Luis, “La política mexicana vs. la economía global”, *Nexos*, México, núm. 201, septiembre de 1994.

- SUÁREZ VILLASEÑOR, Hiram, “¿Hacia la tercera vía?”, *Proyección Económica 2020*, revista mensual, México, Editorial Perspectiva 2020, año 1, núm. 7, enero de 1999.
- TANZI, Vito y KIRK, Peter, “Mafias, amenaza de caos mundial”, en Fondo Monetario Internacional, *Survey*, véase también *Unomásuno*, edición del sábado 3 de agosto de 1996.
- THOM, René, “La ciencia está atascada desde hace 25 años”, en Sorman, Guy, *Los verdaderos pensadores de nuestro tiempo*, Barcelona, Seix Barral, 1991.
- VOLSKI, Víctor, “Contradicciones del desarrollo capitalista”, *Introducción a América Latina: estudios de científicos sociales soviéticos*, Moscú, Academia de Ciencias de la URSS, 1988.